

tratado del Espíritu Santo contra los Macedonianos, que se conserva en latin traducido por San Gerónimo. Compuso otras muchas obras, que dictaba en notas á diversos escribientes. Poseía no solo todas las partes de las santas Escrituras, sino tambien todos sus mejores intérpretes, en particular á Orígenes, cuyos inmensos escritos le eran familiares, y á quien no cesaba de encomiar diciendo que no le entendían sus comentadores. Su memoria era como un libro, en el que todo lo que oía una vez se imprimía de un modo indeleble. En fin, fue tan buen teólogo, que se le confió la famosa escuela de la Iglesia de Alejandría, como al maestro mas capáz que podia haber en una edad tan floreciente en las ciencias y virtudes eclesiásticas. Mucho agradó á San Atanasio esta eleccion. No era Didimo menos recomendable á los grandes Prelados de Occidente, como San Hilario de Poitiers, y San Eusebio de Vercelis; tanto por su eminente virtud como por su oposicion constante á los Arrianos y á los demás hereges de su tiempo. Tres veces visitó San Antonio á este grande hombre, cuando acudió á Alejandría al socorro de la fe católica. Preguntóle un dia si sentia no tener vista: Didimo tuvo alguna vergüenza de confesar la verdad; y como no respondia nada, San Antonio le hizo segunda y tercera vez la misma pregunta; al fin Didimo confesó ingenuamente que esta privacion le era muy sensible. El Santo respondió: „yo me admiro que un sabio como vos se lamente por carecer de la ventaja de la vista, que las moscas, las hormigas, y los mas viles

insectos tienen como el hombre; cuando debeis alegraros de la facultad de ver y poseer al Ser Supremo, de la que solo participamos con las almas santas, y con los ángeles bienaventurados. Mejor es sin comparacion ver con el espíritu que con estos ojos carnales, de los cuales una sola mirada puede en un momento escluirmos para siempre de la vision beatífica de la luz eterna.”

Nadie dudó despues de las predicciones de tantas personas respetables, que la diestra del Señor se habia por último desplegado: pero cuando llegó la noticia del campo á Antioquía, ninguno de los fieles detuvo su gozo. Se apresuraron en todas las Iglesias á rendir dignas acciones de gracias al Dios verdadero, al paso que las últimas amenazas del apóstata les habian infundido mayor consternacion. Todo era regocijos piadosos é inocentes convites en todos los cuarteles de la ciudad. El pueblo exclamó en su primer impulso: *¿dónde están vuestras promesas, arúspices falsos, sofistas imprudentes? Venció el Eterno, triunfó Cristo de la mentira y de la impiedad.* Mas cuando se mostraron en el palacio montones espantosos de cadáveres, tantas cabezas de hombres, de mugeres y de niños empleadas como vimos en infernales observancias; entonces el Emperador parricida de estos Romanos de quienes se apellidaba padre, pareció un monstruo digno de la execracion general.

46. Compuso casi de repente San Gregorio Nacienceno dos largos y sublimes discursos para atribuir todos estos movimientos al Señor, y disipar de todo



punto el escándalo que podia causar la prosperidad pasagera de los malos. Es imposible demostrar con mas energía ni con elocuencia mas verdadera, cuán loco fue el intento de abolir el cristianismo: y mucho mas remedar esta obra del Dios tres veces Santo, como se habia propuesto el apóstata en su quimérico helenismo. En esta pintura tal vez se notará poca atención á un Emperador que acababa de morir, y para con el que no se debia creer enteramente exonerado del tributo de respeto debido á su dignidad, por mas que fuesen detestables sus cualidades y carácter: pero sin recurrir á la diferencia de las costumbres ó de las imaginaciones orientales y las nuestras, el cielo acababa de dar señales tan patentes de su venganza contra Juliano, que el santo Doctor se creyó autorizado para representar sin ficcion á este anemigo de Dios. Sorprenderia tambien el oír á este Padre declarado ortodoxo encumbrar al Emperador Constanzo herege y perseguidor, si no hallásemos la causa en el contraste del apóstata impío, que le habia sucedido inmediatamente, con un Príncipe Cristiano bien intencionado, segun algunos otros Padres, pero sitiado de contino por los mas hábiles seductores, mas débil ó mas ignorante que malo, y mas bien engañado acerca de la persona de San Atanasio que enemigo de su doctrina. Por lo demás se admira en los discursos de San Gregorio Nacianceno contra Juliano, además de su elocuencia y sus conocidos talentos, un amor sincero de la Religion, y una piedad revestida de todos los atractivos de la imaginacion y de la sensibilidad.

47. Mucho tiempo antes se ejercitó en este santo estudio con su amigo Basilio en las soledades del Ponto, donde pasaron sus mejores años en la práctica del bien obrar, y en el estudio de las buenas letras. Gregorio acababa de ser ordenado Sacerdote á su pesar: porque siempre miró con espanto la santidad y capacidad que se requieren para el sacerdocio, aunque la Iglesia tenia una necesidad muy grande de ministros parecidos á él contra una infinidad de enemigos y de hijos rebeldes que despedazaban su seno. No ignoraba sus temores el padre del humilde doctor, pero de acuerdo con las mas sabias y mas bien intencionadas de sus ovejas aplaudidas de todo el rebaño, creyó que esta desconfianza era una razon mas fuerte para acelerar la ordenacion. Cedió el hijo al primer impulso del respeto paterno, y al vivo deseo de sus conciudadanos: mas reflexionando pocos dias despues sobre esta condescendencia poco meditada al principio, y representándose con mas viveza que nunca el peso de su ministerio, volvió á la provincia del Ponto á juntarse con su amigo. No obstante, la reflexion le condujo á Nacianzo en la fiesta de la Pascua, temeroso de entristecer á su padre, y oponerse, segun él se esplica, como Jonás á las órdenes del cielo.

Habia por el propio tiempo pasado Basilio á Cesaréa, su patria, y presenció la muerte del Obispo Dianco. Quiso suplir esta falta reteniendo consigo á Basilio su sucesor Eusebio, poco versado aun en los conocimientos propios del Episcopado, á quien ordenó Sacerdote, aunque no temia menos el peso del san-





to ministerio que su amigo Gregorio, pero se sujetó como él, á causa de las necesidades de la Iglesia. Ciertamente no esperaba que entre sus penalidades seria una de las mayores la indiferencia del Prelado á quien era tan necesaria persona. El mérito superior en un subalterno es casi siempre una perspectiva molesta al que ocupa el primer puesto, y de aquí, segun se opina, principiaron las desavenencias y la mala correspondencia de Eusebio. Parecia mirar con disgusto el crédito y la grande estimacion que le merecian á un simple Sacerdote su elocuencia y su virtud. No dejaron de declararse por él los Monges, que ya miraban á Basilio como á su maestro y su cabeza, y atraieron la parte mas numerosa y la mas distinguida de los fieles. Llegaron las cosas á tal punto, que sin la modestia y prudencia del santo Sacerdote Basilio, se hubiera formado un cisma; y así tomó el partido de ocultarse á los ojos de un pueblo, cuyo amor excesivo no podia ya contener. Por esto vemos que poco despues de haber recibido el Sacerdocio se retiró de nuevo al Ponto con Gregorio Nacienceno. Allí no hizo su celo mas que mudar de objeto, pues no pudiendo, en especial despues de haber recibido la gracia de la consagracion, permanecer ocioso, se dedicó á cultivar la mas preciosa porcion de la viña del Señor; guiando por las sendas de la perfeccion á una multitud de almas privilegiadas y reunidas en monasterios regulares, instruyéndolas con sus egemplos, y presentándolas aquellas reglas sabias que pronto se esparcieron por do quiera, y que le hacen mi-

rar con razon como el padre de los Cenobitas del Oriente.

48. En tiempo de Joviano volvieron á tener esta loable profesion y todos los egercicios cristianos el favor que se les debia. Joviano no solamente dió á los Sacerdotes y demás personas consagradas al culto divino premios y pensiones, sino que tambien restauró sin dilacion quanto el gran Constantino y sus mas fieles hijos ordenaron en favor del cristianismo, y que habia sido abolido por Juliano. Escribió á los Gobernadores de las provincias desde el mismo pais de los Persas sobre la egecucion de este intento, atribuyendo en sus cartas las últimas desgracias de las armas Romanas á las impiedades que él se daba prisa en extinguir (1). Así que puso el pie en el Imperio publicó un edicto formal, llamando á los Obispos desterrados por Juliano ó por Constanzo, y mandando al propio tiempo con toda su autoridad que se restituyesen las Iglesias á los que habian conservado la fe de Nicea; y en particular escribió á San Atanasio, á quien miraba como el principal defensor de la buena doctrina, para que le instruyese en lo que estaba obligado á creer un Cristiano.

49. Habia vuelto á egercer sus funciones Atanasio siempre pronto al servicio de la Iglesia, asegurado en la profecia del virtuoso Dídimo. Tan pronto como recibió la carta del piadoso Emperador, convocó á los Obispos que le estaban sujetos, y despues le respondió en nombre de todos estos Prelados del Egip-

(1) *Sozom. lib. 6. hist. cap. 3.*



to, de la Tebaida y de la Libia. Sigue como siempre en esta instruccion el fundamento inalterable de la fe cristiana, y no propone mas creencia que el simbolo de Nicéa, que inserta íntegro en su epístola, temiendo las copias falsificadas que se divulgaban. „Sabed, religioso Emperador, añade, que esta es la doctrina de los Apóstoles establecida en todas las Iglesias: en las de España, las Galias é Islas Británicas: en toda la Italia y la Campania: en la Dalmacia, Misia, Macedonia, y la Grecia: en Africa, en Cerdeña, en Chipre, en Creta, en Panfilia, en Licia, y en Isauria: por todo el Egipto y la Libia, por el Ponto, Capadocia y paises cercanos, en fin en todas las Iglesias Orientales, á escepcion de un corto número que sigue los errores de Arrio. Conocemos por sus obras la fe de todas estas Iglesias cuya profesion formal tenemos en sus epístolas. Ahora pues el pequeño número de los que reprueban esta creencia no puede formar un argumento razonable contra todo el universo.”

Por este monumento se ve que el arrianismo nunca estuvo tan esparcido como intentan fingidamente insinuarlo los enemigos de la visibilidad de la Iglesia. Es oponerse no menos á la verisimilitud y al recto juicio, que á su divina prerogativa, el concentrar la sana doctrina por tiempo tan dilatado en la profesion obscura de un pequeño número de fieles. No era posible que en dos ó tres años que reinó Juliano, neutral por otra parte é indiferente entre los Cristianos ortodoxos y los hereges, una secta, que se supone mas numerosa que la misma Iglesia de Jesucristo, se

redujese al estado en que la representa San Atanasio en su epístola á Joviano, sin que se pueda alegar razon alguna. Es cierto á pesar de esto que bajo de este Emperador principiaba á debilitarse estremadamente: pero al modo que todas las novedades profanas por sus variaciones interminables, y por sus divisiones intestinas que subian de punto cada dia. Los Arrianos puros habian llegado al fin á ser sobremanera odiosos á los Semiarianos, que se unian insensiblemente con los Prelados ortodoxos, y en breve los veremos del todo unidos. La Iglesia sin embargo de toda su dulzura é indulgencia con los débiles, nada cedia de su rigor contra las novedades. No sostuvo Atanasio con menos entereza la divinidad del Espíritu Santo que impugnaban los Semiarianos, que la del Salvador en su misma epístola á Joviano, pues era el órgano digno de la Iglesia contra los Arrianos.

Admirado el Emperador con este escrito, quiso ver al mismo autor é instruirse á fondo con sus doctas conversaciones. Este Príncipe sensato y piadoso conocia el uso que podia hacer de semejante maestro en medio de tantos sectarios, que infestaban sobre todo las provincias vecinas á la corte, adonde llegaban de continuo de todas las demás, con el infame proyecto de corromper al nuevo Emperador, como habian hecho con Constanzo. Escribió otra carta al Obispo de Alejandría, rogándole con instancias á que viniera á Antioquia, donde él se habia detenido á su vuelta de Persia.

50. La bondad del Soberano escitó la envidia de



los sectarios. Hizo tambien la facción arriana venir de Alejandría con otros hereges al Sacerdote Lucio su caudillo, si ya no habia sido ordenado Obispo. Presentáronse al Emperador cuando salia de la ciudad para llamar su atencion con el gran número, y con la mayor ostentacion de religion y fervor. Se echaron á sus pies con todo el artificio que acostumbraban pidiéndole á una voz un Obispo. Contestó sencillamente el Príncipe, que no estaba prevenido, que ya habia dado sus órdenes para el restablecimiento de Atanasio, y que pronto compareceria en su Iglesia este digno Pastor. *¡Ah Señor!* respondieron, *él fue separado por el Emperador Constanzo y por el gran Constantino.* Un militar poseido de aquel celo pronto é ingénuo, propio de su clase, tomó la palabra y dijo á Joviano: *os pido, Señor, que atendais á la calidad de estos hombres que son las reliquias del partido de Jorge Capadocio, que arruinó la ciudad de Alejandría y toda la provincia.* Joviano respondió: *no me habéis contra Atanasio. Acusaciones de veinte años ya deben olvidarse por esta sola razon; además yo sé por qué y cómo fue acusado.*

Reiteraron sus tentativas, y aun se propasaron á decirle, que si Atanasio volvía á su Iglesia la ciudad estaba perdida. El Emperador respondió á pesar de esto: „yo me he informado con el mayor cuidado, y conozco que es ortodoxo y enseña bien á su pueblo. Verdad es, dijeron, sus palabras son buenas, mas oculta sus sentimientos pésimos en su interior. Pues convenís, añadió el Emperador, en que nada

dice ni enseña que no sea bueno, basta (1). A Dios pertenece escudriñar los interiores: nosotros, que somos hombres, debemos atenernos á las palabras. Señor, le dijeron los Arrianos, nos llama hereges y novadores. El Emperador respondió: es obligacion suya, como de todos los que velan en la conservacion de la sana doctrina. Lucio quiso insistir; y el Príncipe que tenia el genio jovial concluyó con una gracia. *¿Cómo veniste Lucio? Señor,* respondió, *por mar y en medio de los mayores riesgos. Pues bien, dijo el Emperador, para no esponeros á los mismos tornaos por tierra.*”

51. Celebróse un Concilio durante la mansion de Joviano en Antioquía, al que no se sabe que asistiese San Atanasio; ó porque no habia llegado, ó porque temiera declararse contra el partido de Paulino con su concurrencia. Se compuso esta asamblea de veintisiete Obispos de varias provincias, entre los que se admiraria cualquiera de encontrar otra vez al famoso Acacio de Cesaréa, á no estar acostumbrado á ver á estos celosos sectarios formarse una fe condescendiente, y casi siempre conforme á la de la corte. Presidia el Concilio San Melecio, cuyas decisiones dogmáticas no se avenian con la comunión de Paulino; pues creía este que eran favorables á las opiniones semiarrianas ó macedonianas. Empero son enteramente católicas, y aun se establece en ellas la consubstancialidad: mas se encuentra la palabra *semiejante en substancia*, como explicatoria de la de *consubstancial*; y no se dice nada del Espíritu Santo. Infírese de las

(1) *Sozom. lib. 6. hist. cap. 5.*



acusaciones sin duda excesivas de un partido celoso, que un número muy considerable de los que comunicaban con San Melecio y su Concilio, eran aun sospechosos de que tenían al Espíritu Santo por una pura criatura, aunque no tuviesen error alguno acerca de la Persona del Hijo de Dios. Respecto á San Melecio que temia verosímilmente agitar los ánimos con tantos objetos á un tiempo, y á la porcion del pueblo que le estaba adicta, todos tenían una creencia igualmente cierta de las tres Personas Divinas.

Acusaron por su parte á Paulino de los errores de Sabelio y Apolinar, que principiaban á conmover y escitar la atencion. Tan arriesgado es que los partidos opuestos, aun entre los buenos, no se mantengan en los límites de la moderacion ó á lo menos de la equidad. Desde Alejandría habia escrito San Atanasio al Obispo Paulino, que se sirvió del viage del santo Patriarca á Antioquía, para justificarse con un Prelado cuya estimacion atraía la de toda la Iglesia. Dióle una confesion de fe escrita por su propio puño, en la que reconocia tres hipóstases, esto es, tres Personas distintas en Dios, y una sola substancia que llama tambien hipóstasis: mas por las esplicaciones que añade se ve que este término equívoco aun significaba unas veces esencia ó naturaleza, y otras persona, segun donde se le aplicaba. Paulino anatematizó de un modo terminante, para no dejar obscuridad alguna sobre su doctrina, á los que desechaban el símbolo de Nicéa, ó no confesaban la consubstancialidad del Hijo con el Padre, á los que hacian del Espíritu Santo una

criatura, y por fin á Sabelio, Fotino, y en general á toda heregía. Declara con mas especialidad contra Apolinar, que él no atribuía al Salvador, como este nuevo heresiarca, un cuerpo humano sin sentimiento propio y sin entendimiento, es decir, sin alma humana.

Así empleó San Atanasio el tiempo que estuvo en Antioquía. El Emperador le envió á gobernar pacíficamente su Diócesis, y formó la mas alta idea de sus luces y virtud. Tambien partió Joviano para Constantinopla impaciente de animar la alegría pública que iba por el contrario á volverse en doloroso luto.

52. Encontró en Dadástenes á lo último de la Galacia y Bitinia á los Senadores que iban á nombre de la capital á esperar á un Emperador tan sumamente querido: mas en la noche del 16 al 17 de Febrero se le encontró en su cama muerto. Afirman la mayoría de los autores que murió de la sufocacion que le dió el vapor del carbon que habian encendido en su sala para calentarla. Así aquel escelente Emperador, de edad de solos treinta y dos años, sumergió de nuevo la Iglesia en la zozobra é inquietud con una muerte repentina y anticipada, despues de un reinado de menos de ocho meses.

53. Con todo, se le dió un sucesor no menos famoso que él por su generosa adhesion al cristianismo. Fue este Valentiniano, hijo de Graciano, Conde de África, nacido en Cibales de Panonia el año 231, y célebre como vimos en el imperio de Juliano por la brillante confesion que le grangeó el destierro. Re-



vistiéronle solemnemente con la púrpura en la ciudad de Nicéa pasados diez dias de la muerte de su antecesor: á saber, el 26 del mismo mes de Febrero de este año de 364. Reunía Valentiniano á un valor extraordinario, un espíritu recto y agudo, el aspecto y los modales agradables, y mucho gracejo y facilidad en su produccion: amaba sinceramente la fe católica, y tuvo bastante piedad para bautizarse sin esperar á lo último de la vida, segun el abuso demasiado comun en su tiempo. Esperaban los verdaderos fieles una proteccion poderosa de un Príncipe anunciado con tan felices auspicios: pero no tardaron en desengañarse. Así que se vió en el trono, se entregó de un modo esclusivo á los cuidados puramente temporales del gobierno; y aun se propuso esta reserva como una norma de conducta que tenia algo de bueno en sus principios, pero en la cual se escedió sin duda. Descontento en extremo del método que el Emperador Constanzo siguió tan desgraciadamente de querer entrometerse en las conferencias de los Doctores, y en las decisiones mas espirituales y sagradas de los Concilios, dió en el extremo opuesto y bastante análogo á su carácter indiferente, y casi nunca se dedicó á lo que interesaba á la Religion.

Mas el mayor daño que causó Valentiniano á la Iglesia fue el asociar al Imperio á su hermano Valente: lo que hizo el 28 de Marzo, un mes despues de su elevacion. Sin embargo, en el punto de nombrar su compañero, oyó un dictámen que debiera prevenirle contra los sentimientos ciegos de la natu-

raleza. A tiempo que deliberaba sobre su eleccion, Dagalaifo, hombre de ingenio y autoridad, comandante de la caballería, que habia influido mucho en la eleccion de Valentiniano, le dijo francamente: „si amais vuestra familia mas que el estado, teneis un hermano: si preferís el estado á vuestra familia, buscad una persona que le conduzca bien.” La voz de la naturaleza prevaleció, y dividió el Imperio con su hermano, que á la verdad tenia mérito. Su figura misma anunciaba mucho mas que la realidad: y aunque le faltaba un ojo, era preciso acercarse mucho á él para conocerle este defecto. Valentiniano le confió las provincias orientales, y se reservó el Occidente con la autoridad principal, ó el derecho general de inspeccion sobre todo el Imperio.

Milán era la silla en donde despues de la elevacion de la familia de Constantino habian fijado su residencia los Emperadores de Occidente. Al arribar allí Valentiniano, halló la cátedra Episcopal ocupada por el arriano Ausencio, á quien seguia la menor parte del pueblo. No querian de ningun modo los ortodoxos que componian mayor número, comunicar con este lobo pérfido disfrazado de pastor; y se reunian en otras Iglesias sostenidos por San Hilario de Poitiers y San Eusebio de Vercelis, que estaban aun juntos en Italia por los intereses de la Religion.

54. Olvidó en esta ocasion el Emperador su máxima de no mezclarse nunca en los negocios de la Iglesia. Siendo amigo de toda especie de paz y tranqui-